

en fin, despues de figurar dos enormes pilastras derribadas, que parecen el primer ensayo de una arquitectura audaz, que pusiese sus cimientos en el aire y edificaria de alto á bajo.

## TERCERA EXPEDICION

### EN EL OBERLAND.

---

#### PASO DE LA VENGENALP.

Al día siguiente fui despertado al amanecer por mi guía con una canción tirolesa bajo mi ventana.

Desde Berna y con las primeras palabras tudescas que habíamos oído, nos habían acompañado por todas partes canciones populares peculiares del país. Es preciso haber viajado por Alemania para conocer cuán propagado se halla el genio musical en aquella tierra. Los niños se mecen entre los cantos nacionales, los aprenden al mismo tiempo que su lengua materna y los modulan con sus primeras palabras; y hombres sin método y sin maestro acercan á sus labios los instrumentos y sacan de ellos un partido armonioso, con un encanto que en vano se pediría algunas veces á nuestros más hábiles profesores. Ya no son allí los roncocantares de los muchachos de las llanuras de Frau-

cia, ni los aullidos salvajes del guía de las montañas de la Saboya, son cantares que se corresponden, modulaciones infinitas reproducidas únicamente con algunas notas, octavas recorridas osadamente sin escala intermedia, piezas cantadas por seis personas y en que cada cual toma al primer golpe la parte que conviene á su voz, la sigue en todas las modulaciones adornándola á su capricho con notas rápidas y chispeantes y que, en fin, no ofrece ningun otro país excepto la Italia, y todavía aun en un grado muy inferior en mi opinion.

Creyendo mi guía que no le habia oído comenzó una segunda tirolesa en un tono mas alto. Abrí mi ventana y le escuché hasta el fin.

— ¿Tenemos buen tiempo, Willer? le dije cuando hubo concluido.

— Sí, sí, me dijo volviéndose, ya se oyen silbar las marmotas, y esa es una buena señal. Solo si quisiérais partir ahora mismo llegaríamos á las tres á Grínderwald, de este modo habria tiempo de visitar la nevera hoy mismo.

— Estoy listo, respondí.

En efecto, no tenia mas que ponerme mis polainas y echarme la blusa. Encontré á Willer á la puerta de la posada con el morral á la espalda, y mi baston en la mano; me lo dió y nos pusimos en camino.

Así iba á emprender de nuevo mi vida de montañés, mi peregrinacion de cazador, de artista y de poeta, con mi album en el bolsillo, mi escopeta al hombro y mi baston con puntas de hierro en la mano. Viajar es vivir en toda la extension de la palabra; es olvidar lo pasado y el porvenir por lo presente: es respirar á su placer, gozar de todo,

apoderarse de la creacion como de una cosa propia; es buscar en la tierra minas de oro que nadie ha explotado, y en el aire maravillas que nadie ha visto; es pasar despues de la multitud y recoger sobre la yerba las perlas y diamantes que ignorante y negligente ha tomado por copos de nieve ó gotas de rocío.

Es seguramente cierto esto, como que muchos han pasado antes que yo, y no han visto las cosas que yo he visto, ni han oído las relaciones que á mi se me han contado, y no han vuelto llenos de esos mil recuerdos poéticos que mis piés han hecho trotar, separando, con gran pena á veces, el polvo de las pasadas edades.

Las investigaciones históricas que yo me he visto obligado á hacer, me han dado tambien una paciencia admirable para esas cosas. Yo ojeaba á mis guías como á manuscritos, demasiado feliz aun cuando aquellas tradiciones vivientes de lo pasado hablaban la misma lengua que yo. No se ofrecia en nuestro camino una ruina cuyo nombre no les obligase yo á recordar; ni habia un solo nombre cuyo sentido no les hiciese explicarme. Esas historias eternas que quizá me harán el honor de atribuir á mi imaginacion, porque ninguna crónica las cuenta ni en ningun itinerario se refieren, me han sido contadas mas ó menos poéticamente por los hijos de las montañas, que han nacido en la misma cuna que ellas; las habian oído á sus padres á quienes sus abuelos se las habian dicho. Tal vez quizá no se las repetirán á sus hijos, porque de dia en dia la sonrisa incrédula del viajero de gran talento, hace espirar en sus labios aquellas sencillas leyendas, que florecen como las rosas de los Alpes

á la orilla de los torrentes, al pié de todas las nevetras.

Desgraciadamente para mí no había nada igual en la ascension de la Vengenalp (este era el nombre de la montaña que subíamos, y si alguna cosa hubiese podido indemnizarme, hubiera sido sin duda, la maravillosa vista que se desarrollaba ante nosotros á medida que íbamos subiendo. A nuestros piés el valle de Lauterbrunnen, verde como una esmeralda, diseminaba sobre el césped sus casas encarnadas; enfrente el magnífico Stambach, cuyas cascadas superiores divisábamos entonces, merecia su nombre de polvo de agua, tan parecido era á un vapor flotante; á la izquierda el valle cerrado al cabo de dos ó tres leguas por la nevada montaña de donde se precipita el Schmadribach, cual si el mundo terminase allí: á la derecha el valle que acabábamos de recorrer, desarrollándose en línea recta en toda su extension, y volviendo los ojos, con el auxilio del Lutchine, que les sirve de conductor hasta la aldea de Interlaken, de la que al través de aquella atmósfera azulada que solo pertenece á las montañas, se divisaban las casas y los árboles, semejantes á los juguetes que se encierran en una caja y con los que forman los niños encima de una mesa ciudades y jardines.

Al cabo de una hora hicimos un alto para combinar nuestra admiracion y nuestro almuerzo; cosa muy fácil. Una roca saliente nos ofreció una mesa, un manantial su agua helada, y un nogal su sombra. Sacamos las provisiones del morral, y reconocí con gran placer á la primera ojeada que sobre ellas eché, que Willer era, por lo que toca á la prevision, digno de ser nombrado para lo restante de

camino comisario general de los víveres de toda la caravana.

Una nueva etapa de una hora nos condujo á la primera cumbre de la Vengenalp, cumbre cortada á pico á la que se llega por un camino tallado en la roca en ziz-zag. Una vez sobre la meseta, la pendiente de la subida es mas suave, y el sendero, tomando por último un partido forma línea recta por espacio de una legua; despues se encuentra una casita de campo en donde se hace alto. Habíamos llegado al pié de la Yungfrau.

Yo no sé si el nombre de esta jóven dado á la montaña que tenia delante de mis ojos la adornaba para mí de una gracia mágica; pero si es que además de la causa por la que se le ha dado, está maravillosamente en armonía con sus proporciones elegantes y su blancura virginal. En todo caso, y en medio de aquella cadena de colosos, sus hermanos y hermanas, me ha parecido la privilegiada de los viajeros y de los montañeses. Enseñan los guías, sonriéndose, otras dos montañas colocadas sobre su poderoso pecho, llamadas por los geógrafos *puntas de plata* (1), y á las que los guías mas sencillos han dado el nombre de *tetas*.

Enseñan á su derecha el Finster-Aarhorn, mas elevado (2) que aquella, la Blumlisalp, mas poderosa por su base, pero vuelven siempre á la virgen de los Alpes, de la que hacen la reina de las montañas.

Este nombre de virgen fué dado á la Yungfrau,

(1) Silberhorn.

(2) Trece mil doscientos cuatro, la Yungfrau tiene doce mil ochocientos sesenta y cuatro.

porque ningun ser creado había, desde la formación del mundo, manchado su capa de nieve, ni el pié del gamo, ni la garra del águila habían llegado á las altas regiones adonde ella levanta su cabeza. El hombre, sin embargo, resolvió hacerla perder el título que tanto tiempo y tan religiosamente había conservado. Un cazador de gamos llamado Pouman, hizo por ella lo que Balmat había hecho por el Mont-Blanc; despues de varias tentativas inútiles y peligrosas llegó á subir á su punta mas elevada, y una mañana los montañeses asombrados vieron tremolar una bandera encarnada sobre la cabeza de la desflorada doncella. Desde entonces la llaman la *frau*, porque segun ellos, ya no tiene derecho de llevar el epíteto de *yung*, ultraje que equivale al que nosotros haríamos si arrancáramos de la frente ó del féretro de una doncella, el ramillete de azar, adorno simbólico con el que sus compañeras la condujesen al altar ó al sepulcro.

Sobre una de sus tetas, sobre la que mira al valle de Lauterbrunnen, un lammergeyer (1) devoró á un niño que se llevó de Grindewald, sin que sus padres ni cuantos acudieron á sus gritos pudieran socorrerle.

A la derecha de la Yungfrau se levanta el Wetter-Horn (pico del tiempo, llamado así, no porque sea contemporáneo del mundo, *intacta ævis congenita mundo*, sino porque pronostica el tiempo que hará segun se halle cubierto ó despejado de nubes.

A su izquierda se extiende sobre una base de muchas leguas la Blumlisalp (montaña de las flores), cuyo nombre tan significativo como el de

(1) Gran buitre de los Alpes (*gyppæstans barbatus*).

Wetter-Horn, me pareció presentar con su apariencia una analogía mas difícil de explicar, pues la montaña de las flores está enteramente cubierta de nieve. Entonces recurrí á Willer, que me explicó así esta contradicción que hay entre el nombre y la montaña á la cual está aplicado.

Nuestros Alpes, me dijo, no han estado siempre incultos cual lo están hoy. Las faltas de los hombres y los castigos de Dios han hecho descender las nieves sobre nuestras montañas y las neveras á nuestros valles; antes los ganados pacian adonde ahora no se atreven á subir el águila ni los gamos. Entonces la Blumlisalp estaba como sus hermanas y mas brillante aun que ellas sin duda, pues la sola entre todas había merecido el nombre de montaña de las flores. Era de patrimonio de un pastor rico como un rey, que poseia un magnífico rebaño, en este rebaño habia una ternera blanca, era el objeto de todo su afecto. Habia hecho construir para ella sola un establo que parecia un palacio, y al que se subia por una escalera de quesos. Una noche de invierno vino á visitarle su madre que era pobre y habitaba en el valle; pero no habiendo podido tolerar las reconvenciones que le hacia sobre su prodigalidad, la dijo que no tenia sitio para alojarla aquella noche y que así era menester que volviese á bajar otra vez á la aldea. En vano le suplicó le diese un rincón en la cocina junto al fogón, ó en el establo de su ternera; la hizo agarrar por sus pastores y echarla fuera. Silbaba en el aire una brisa húmeda y helada, y la pobre mujer miserablemente vestida como estaba, se sintió penetrada de un intenso frío: entonces empezó á bajar hácia el valle entregando aquel hijo ingrato á todas las ven-

ganzas celestiales. Apenas fué pronunciada la maldición, cuando la lluvia que caía se convirtió en nieve tan espesa, que á medida que la madre bajaba y detrás del último pliegue de su vestido que arrastraba, parecía que la montaña se cubría como con una mortaja. Llegada al valle cayó agobiada del frío, de la fatiga y del hambre. Al día siguiente fué encontrada muerta, y desde entonces la montaña de las flores quedó cubierta de nieve.

Mientras Willer me daba esta explicación llegó hasta nosotros un ruido parecido al redoble del trueno, y mezclado de espantosos crujidos; creí que la tierra iba á abrirse bajo nuestros piés, y miré con inquietud á nuestro guía, diciéndole:

— ¡Y bien!... ¿qué es esto?

Entonces extendió su mano hácia la Yungfrau y me enseñó una especie de cinta plateada y movable que se precipitaba de los costados de la montaña.

— ¡Toma! una cascada, dije yo.

— ¡No! es un alud, respondió Willer.

— ¿Y eso es lo que produce ese estrépito tan espantoso?

— Eso mismo.

Yo no quería creerlo; parecíame imposible que aquel arroyuelo de nieve que desde lejos parecía una cinta de gaza flotante produjese un ruido tan aterrador. Volví los ojos á todas partes para buscar la verdadera causa; pero entretanto se apagó, y cuando miré de nuevo á la Yungfrau, ya había cesado de correr la cascada.

Entonces Willer me dijo que descargase mi escopeta al aire, y lo hice.

La detonación, que al pronto me pareció mas débil que en el llano, fué á estrellarse contra las mon-

tañas; nos fué devuelta repentinamente por su eco, y despues, á las últimas vibraciones sucedió un rugido sordo y creciente, parecido al que ya una vez me había causado sorpresa. Willer me enseñó entonces en la base de una de las letas de la Yungfrau una segunda cascada improvisada, y como el ruido era idéntico, necesité reconocer que la causa era la misma.

En esto divisamos corriendo hácia nosotros á un especie de enano montañés, á un chico raquítico que traía en sus brazos un cañoncito: lo colocó á nuestros piés, se agachó, hizo la puntería con tanto cuidado como si la bala hubiese debido abrir brecha en la montaña, y acercando un pedazo de yesca sopló sobre el oído hasta que salió el tiro. Inmediatamente se renovó por tercera vez el mismo accidente. La precipitación del pobre diablo había sido causada por la detonación de mi carabina: tenía por oficio hacer caer aludes, y como yo lo había hecho por mí mismo, temía que se le escapasen aquella vez los batz (1) que saca de propina por medio de su artillería á los viajeros que atraviesen la Vengenalp: yo le tranquilicé al momento pagándole el tiro de mi carabina al mismo precio que su cañonazo.

Despues de habernos detenido cerca de una hora contemplando aquel magnífico espectáculo, volvimos á ponernos en camino, continuando la subida por una cuesta muy suave hasta el momento en que nos hallamos en el punto mas elevado de la arista de la Vengenalp, habiendo dejado ya buen rato antes, tras de nosotros los pinos, que seme-

(1) Monedita suiza que equivale á tres sueldos.

jantes á los soldados rechazados en un asalto, nos ofrecieran al principio, reunidos en bosque, el aspecto de un ejército que se reúne; mas arriba diseminados segun su fuerza vegetativa la apariencia de tiradores que sostienen la retirada; y finalmente, en donde concluye su dominio, troncos caidos sin hojarasca ni corteza, semejantes á cadáveres tendidos y desnudos en el campo.

Detuvimos antes de bajar la ladera opuesta para despedirnos del país que acabábamos de recorrer, y para saludar al otro en que íbamos á entrar. Reparé entonces en que nos hallábamos por casualidad en el centro de un círculo de treinta pasos de circunferencia, y aunque en derredor de él estuviese la tierra cubierta de rosas de los Alpes, de genciana purpúrea y de anapelo, bajo nuestros piés el suelo estaba seco y desnudo como lo está en nuestros bosques en los sitios en donde se acaba de hacer carbon. Pregunté la causa de aquello á Willier, quien se hizo de rogar mucho tiempo para contarme la siguiente tradicion, que no me refirió, debo hacerle justicia, sino advirtiéndome que no la creía.

Habia en otro tiempo en el valle de Gadmin un hombre muy sabido en cosas de magia, que mandaba á los animales como á inteligentes servidores. Todas las noches del sábado al domingo, los reunía sobre las montañas mas altas, ya á los osos, ya á las águilas, ya á las serpientes, y allí, describiendo con su varita un círculo que no podian salvar, los llamaba silbando: y cuando estaban reunidos les daba sus órdenes que iban á ejecutar al momento por los cuatro ángulos del Oberland.

Una noche que habia reunido á los dragones y

serpientes, les mandó tales cosas, á lo que parece, que le rehusaron sus acostumbrados servicios. El mágico se enfadó y recurrió á encantos de que aun no habia echado mano, porque se guardaba de recurrir á palabras que, aunque sabia que eran poderosas, las tenia como criminales. Apenas las hubo pronunciado vió que dos dragones se apartaban de los demás reptiles que le rodeaban y se dirigian hácia una caverna cercana. Creyó que por fin obedecian, pero al momento volvieron á aparecer trayendo sobre sus espaldas una enorme serpiente cuyos ojos brillaban como dos carbunclos, y que llevaba en su cabeza una coronita de diamantes: era el rey de los basiliscos. Acercáronse de aquel modo hasta el círculo, del que no podian pasar, pero llegados á él levantaron en alto á su soberano y le lanzaron por encima de la línea mágica, que salvó de este modo sin tocarla. El mágico no tuvo tiempo mas que para hacer la señal de la cruz y decir: Estoy perdido; al otro dia se le encontró muerto en medio de su círculo infernal, en el que despues no ha crecido planta alguna.

Al momento dejamos aquel sitio maldito y nos dirigimos á Grinderwald, á donde llegamos felizmente sin haber encontrado al rey ni á la reina de los basiliscos (1). No nos detuvimos en la posada mas que para eucargar la comida, y nos encaminamos en seguida á la nevera, que no dista mas que un cuarto de legua del pueblo.

He hablado ya de tantas neveras, que no me ex-

(1) Los pastores creen aun en la existencia de serpientes que por la noche van á mamar de sus vacas; y pretenden preservarse de esto colocando un gallo blanco en medio de sus rebaños.

tenderé en la descripción de esta que no ofrece nada de particular. Únicamente contaré un suceso de que ella fué testigo y que servirá para hacer resaltar las costumbres particulares de la raza de hombres valientes y caritativos que ejercen su oficio de guías.

Súbese á la nevera de Grínderwald por medio de algunos escalones rústicamente formados en el suelo, y no me cuidaba yo mucho de hacer esta ascension, cuando Willer, que conocia mi flaco, me dijo que habia en él una cosa interesante que ver. Seguile al momento.

Después de un escalamiento bastante penoso y que duró cerca de un cuarto de hora, nos encontramos en la superficie de la nevera, cuya pendiente se hace desde entonces mas suave; sin embargo, á cada paso es preciso costear grutas profundas cuyas paredes van á reunirse, oscureciendo su color, á cincuenta, sesenta y cien piés de profundidad. Willer saltaba por cima de aquellas quebradas; yo concluí por imitarle, y después de otro cuarto de hora de marcha, llegamos á un gran agujero redondo como el brocal de un pozo. Willer echó en él una gruesa piedra que tardó algunos segundos en encontrar el fondo, y luego me dijo: — Cayéndose aquí dentro fué donde se mató, en 1821, Mr. Mauron, pastor de Grínderwald.

Hé aquí cómo sucedió el accidente y las consecuencias que tuvo.

Mr. Mauron, uno de los mas hábiles exploradores de la comarca, consagraba todo el tiempo que le dejaba libre el ejercicio de sus funciones, en correrías en las montañas: bastante buen físico y botánico distinguido, habia hecho curiosas observaciones meteorológicas y poseía un herbario donde

habia reunido y clasificado por familias casi todas las plantas de los Alpes. Un día que se entregaba á nuevas adquisiciones, atravesó la nevera de Grínderwald, se paró en el sitio donde nosotros estamos para arrojar piedras en el agujero que tenemos delante de la vista. Después de haber escuchado la caída de varias, quiso descubrir el interior del precipicio, y apoyando su baston ferrado sobre el borde opuesto á aquel sobre que él se encontraba, se inclinó sobre el abismo, el baston mal sujeto resbaló y el pastor se precipitó. El guía corrió desalentado al pueblo, y contó el accidente del que habia sido testigo.

Algunos días se pasaron durante los cuales esta noticia fué la conversacion de toda la comarca; el pastor era querido, y como el sentimiento causado por su muerte fué tan grande, se suscitaron sospechas sobre la fidelidad del guía que le habia acompañado; estas sospechas pronto tomaron consistencia, y hasta se llegó á decir que el pastor habia sido asesinado y arrojado en seguida en el agujero de la nevera; el objeto del asesinato habia sido el de robarle la bolsa y su reloj.

Entonces todo el cuerpo entero de guías á quienes estas sospechas ofendian en uno de sus miembros, se reunió y decidió que uno de ellos, el que la suerte designase, bajaria, aun con peligro de su vida al fondo del precipicio que habia servido de sepulcro á su desgraciado pastor; si el cadáver tenia encima su reloj y su bolsa, el guía era inocente.

La suerte le tocó á uno de los hombres mas fuertes y mas vigorosos de la comarca, llamado Burguenen.

El día fijado, todo el pueblo se reunió en la neve-

ra; Burguenen se hizo atar una cuerda á la cintura, una linterna al cuello, y tomando una campanilla en una mano para indicar al tocarla que necesitaba le subiesen, y su baston ferrado en la otra, á fin de preservarse del contacto cortante de los hielos, se dejó resbalar suspendido á un cable que cuatro bombres alargaban poco á poco. Dos veces estuvo á pique de asfixiarse, por falta de aire, tocó y se le subió al nivel del agujero; pero al fin, á la tercera, se notó un peso mucho mas grande en el cabo de la cuerda. Burguenen reapareció trayendo el cuerpo mutilado del pastor.

El cadáver tenia su bolsa y su reloj. La piedra que cubre el sepulcro del pastor atestigua el accidente de que fué víctima y el arrojó del que arriesgó su vida para dar á su cuerpo una sepultura cristiana.

Hé aquí la inscripcion :

AMADO MOURON, MIN. DE S. E.

EN LA IGLESIA POR SUS TALENTOS Y SU PIEDAD.

NACIDO EN CHARDRONNE, EN EL CANTON DE VAUD,

EL 3 DE OCTUBRE DE 1790.

ADMIRANDO EN ESTAS MONTAÑAS

LAS OBRAS MAGNÍFICAS DE DIOS

CAYÓ EN UN ABISMO

DEL MAR DE HIELO

EL 31 DE AGOSTO DE 1821.

AQUÍ REPOSA SU CUERPO

SACADO DEL ABISMO, DESPUES DE DOLE DIAS

POR CH. BURGUEENEN DE GRINDERWALD.

SUS PARIENTES Y SUS AMIGOS,

LLORANDO SU MUERTE PREMATURA,

LE HAN LEVANTADO ESTE MONUMENTO.

Burguenen calculó haber bajado á la profundidad de setecientos cincuenta piés.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RUIZ"  
Apto. 1625, MONTERREY, MEXICO



## EL FAULHORN.

Al día siguiente á las ocho de la mañana nos pusimos en camino para verificar la más ruda ascension que hasta entonces habíamos intentado, teníamos la pretension de ir á dormir á la habitacion mas alta de Europa, es decir, á ocho mil ciento veinte y un piés sobre el nivel del mar; quinientos sesenta y nueve piés mas alto del hospicio de San Bernardo, último límite de las nieves eternas.

El Faulhorn es, si no la mas alta, al menos una de las mas elevadas montañas de la cordillera que separa los valles de Thun, de Interlaken y de Brienz de los de Grindelwald y de Rosenlauwi.

Hace un año ó dos que un fondista, especulando con la curiosidad de los viajeros, tuvo la idea de establecer sobre la meseta que corta su cumbre, una pequeña hostería que habita durante el estío. Así que llega el mes de octubre abandona su especulacion y su domicilio, desmonta las puertas y las ventanas á fin de no tener que hacer otras al año siguiente, y abandona su casa á todos los huraca-

nes del cielo, que se desencadenan hasta que no dejan ni un madero en pié.

Nuestro huésped del valle tuvo gran cuidado de prevenirnos con anticipacion, como cofrade caritativo, que la vida animal era muy pobremente alimentada en las regiones superiores adonde íbamos á llegar, atendido á que el posadero estaba obligado á llevar todos sus comestibles de Grindelwald y de Rosenlauwi, haciendo el lunes las provisiones de toda la semana; medida que no tenia ningun inconveniente para los viajeros que le visitaban el martes, pero que debia tener en gran perplejidad á los que como nosotros la casualidad llevaba el domingo á su casa. Nos invitó en su consecuencia y por nuestro interés, segun nos dijo, á volvernos á acostar á su casa, donde encontraríamos, como ya nos habíamos podido convencer, buena cama y buena mesa. Le dimos las gracias por el consejo, pero le dijimos que nuestra intencion era, si bajábamos el mismo día, irnos derechos á Rosenlauwi y ganar de esta manera una jornada de marcha. Esta declaracion le hizo perder al instante una gran parte de la solicitud que acababa de demostrarnos tan tiernamente, y en el momento de nuestra marcha aun pareció mirarnos con la mas completa indiferencia, sentimiento de que nos dió una prueba, negándose á venderme un pollo fiambre que yo queria á todo evento llevar de compañero de camino.

Partimos, pues, bastante alarmados por nuestro porvenir gastronómico.

Toda mi esperanza descansaba en este punto en mi escopeta, que llevaba terciada á la espalda, pero cada uno sabe cuán precaria es en Suiza para el

viajero la probabilidad de comer con lo que mate. La caza, naturalmente rara, deserta enteramente de las inmediaciones de los caminos frecuentados. Separéme, pues, cuanto pude del camino abierto, y me fui seguido de mi guía golpeando en todos los matorrales, á ver si hacia saltar alguna pieza.

De trecho en trecho deteníase aquel y me decía :  
— ¿Oís?

Escuchaba yo, y efectivamente llegaba á mis oídos una especie de silbido agudo.

— ¿Qué es eso? preguntaba yo.

— Marmotas, contestó mi guía. Mirad, continuó, las marmotas son exquisitas.

— ¡Diablo! si pudiese alcanzar la que silba.

— ¡Oh! no podreis. Se la desuella como un conejo, se pone en el asador, donde se la rocía con manteca fresca ó con crema, despues se echan encima algunas yerbas finas, y cuando se ha comido la carne y roído los huesos se chupa uno los dedos.

— Decid, amigo, ¿entonces no me pesaria matar alguna?

— Imposible. O bien cuando se la quiere comer fiambre se la pone buenamente en una olla con sal, pimienta, y un puñado de perejil; echándole un poquito de vino; se la deja hervir durante dos horas, y luego se hace una salsa con aceite, vinagre y mostaza. Ya me contareis maravillas si llegais alguna vez á probarla.

— Pues bien, amigo, trataré de que sea esta tarde.

— ¡Sí, sí, corriendo! Son tan indignos esos animales, como que saben lo excelentes que están asados ó cocidos. Hé ahí porqué no se dejan acercar. Solo en el invierno se destrozan sus madrigueras y

se les encuentra por docenas durmiendo en rueda.

Como yo no contaba esperar al invierno para probar la marmota, me puse en seguida á acechar la que silbaba, pero no bien me aproximé unos cuatrocientos pasos de ella, el silbido cesó, y probablemente el animalito se escondió en su madriguera, pues no volví á verla mas. Otra me dió la misma esperanza, pero me burló de la misma manera, y así de seguida cinco ó seis tentativas tan infructuosas como la primera me dieron á conocer la verdad de las palabras que el guía me habia dicho.

Volvíme al camino todo corrido, cuando saltó casi á mis piés un pájaro que no conocia. No estaba yo prevenido y se hallaba á cincuenta pasos cuando le disparé el tiro. Vi á pesar de la distancia que le habia tocado; mi guía me gritó que el pájaro iba herido. El pájaro continuó su vuelo, y yo me puse á correr tras de él para alcanzarlo.

Solo un cazador puede comprender por qué caminos se pasa cuando uno va corriendo tras de una pieza que va herida. No creo haberme presentado al lector como un intrépido montañés; pues bien, yo bajaba á carrera tendida por una montaña tan pendiente como un tejado, tropezando con los matorrales en que me enredaba las piernas, dándome en los peñascos por encima de los que brincaba, arrastrando conmigo un regimiento de piedras que á duras penas me seguian, sin mirar siquiera dónde ponía mis piés; tan clavados tenia mis ojos en las curvas que describia revoloteando el desconocido pájaro que perseguia. Este cayó al fin á la otra parte del torrente; arrastrado por mi impulso, salté por encima sin calcular su anchura, y puse la mano sobre mi asado. Era un magnífico ortega blanco.

Se la enseñé al momento, dando un gran grito de triunfo, á mi guia; se habia quedado en el mismo sitio en donde yo habia disparado, y entonces fué cuando conocí el trecho que habia andado; creo que anduve un cuarto de legua en menos de cinco minutos.

Tratábase de volver otra vez á desandar el camino, cosa no muy fácil por varias razones; la primera era el torrente. Acerquéme á él y ví entonces que tenia de catorce á quince piés de ancho, espacio que yo habia salvado no hacia mas que un instante, y que sin embargo me parecia muy respetable ahora que la examinaba. Dos veces tomé carrera y dos veces me detuve á la orilla; oia yo reirse á mi guia; me acordé entonces de Payot, de quien me habia yo reido en iguales circunstancias, y me decidí á hacer lo que él, es decir, á subir por la cascada hasta que encontrase un puente ó fuese mas estrecho su cauce. Al cabo de un cuarto de hora advertí que tomaba una direccion contraria á la que yo necesitaba seguir, y que me habia apartado mucho de mi camino.

Volvime entonces hácia donde estaba mi guia, me lo ocultaba una eminencia del terreno: aprovechéme de esta circunstancia, y cogiendo una rama de pino, sondé el torrente con ella, y bien convencido de que no tenia mas que dos ó tres piés de profundidad, bajé osadamente, lo vadeé y llegué á la otra orilla mojado hasta la cintura. Hallábame nada mas que á la mitad de mis trabajos; me faltaba aun que subir la montaña.

Al comenzar esta operacion apareció el guia en la cima, le grité que me trajera mi baston sin cuyo auxilio era evidente que quedaria en el camino:

hubiera sido tal vez mas filantrópico decirle que me lo tirase, pero además de ignorar yo si le detendria algun obstáculo en el camino, no me pesaba el vengarme de cierta carcajada que aun resonaba en mis oidos y contra la que conservaba francamente rencor, y por la frescura del agua que chorreaba de mis pantalones.

No por eso dejó de acudir Willer con toda la servicial obediencia que forma el fondo del carácter de aquellas buenas gentes; me auxilió con su experiencia arrastrándome tras de su baston ó llevándome sobre sus hombros, de modo que, al cabo de tres cuartos de hora poco mas ó menos, hube desandado el camino que habia recorrido antes en cinco minutos.

Sin embargo, como habíamos ido subiendo siempre, comenzamos á hallar en nuestro camino grandes masas de nieve que el calor del verano no habia podido derretir; un viento frio pasaba á bocanadas cada vez que la montaña le ofrecia una salida; en cualesquiera otras circunstancias apenas hubiera yo reparado en ello, pero el baño local que acababa de tomar me lo hacia á cada momento muy sensible. Tiritaba, pues, bastante de frio al llegar á la orilla de un pequeño lago situado á siete mil piés sobre el nivel del mar, lo que significa que mil ciento veinte y un piés mas arriba, es decir, en la cima del Faulhorn, tiritaba muchísimo.

Así, pues, me precipité en la barraca sin ocuparme de la hermosa perspectiva que habia ido á buscar. Sentí un fuerte dolor en el vientre, pero como no me habria sido lisonjero el verme atacado de una inflamacion aun en la mas elevada morada de Europa, reclamé en su consecuencia un gran

fuego de mi huésped, que me preguntó cuántas libras de leña quería.

— ¡Por Dios! dadme un haz, pese lo que pese. Tengo demasiado frío para calentarme por onzas.

El huésped fué á buscar un tronco muy gordo que suspendió de la romana, señalando el fiel diez libras. — Ahí teneis por treinta francos, me dijo.

Esto naturalmente debía parecer un poco caro á un hombre nacido en medio de un bosque en que se vende la leña á doce francos el carro, así hice un gesto muy significativo.

— ¡Pardiez! caballero, me dijo el huésped que al parecer lo comprendió, es que está obligado uno á ir á buscarla á cuatro ó cinco leguas, y traerla á cuestras, lo que hace que la manutencion sea un poco cara aquí, en atencion á que no se puede guisar sin leña...

El giro de la última frase y su terminacion por una reticencia no me anunciaban nada bueno para lo demás del gasto, pero como en todo caso mi asado me costaba ya los treinta francos de leña que iba á encender para calentarme, desafié á mi huésped á que me contase el resto de la comida al mismo precio; bien entendido de que este desafio lo hice con voz baja, pues si lo hubiera hecho alto parecíame que el hombre debía aceptar sin la menor vacilacion.

Hice, pues, serrar mi tronco en tres, me encerré con él en mi cuarto, encajé diez francos de leña en mi estufa y sacando de mi saco ropa blanca, un pantalon de paño y mi levita alodonada, empecé una *toilette* análoga á la localidad.

Apenas habia acabado cuando llamó á mi puerta Willer: me invitaba á que me despachase si quería

gozar de la perspectiva en toda su extension del horizonte. El tiempo amenazaba tempestad, y esta prometia quitarnos de los ojos bien pronto el aspecto del inmenso panorama que íbamos á ver. Me apresuré á salir.

Subimos inmediatamente á una colina de unos quince piés de altura, contra la que se apoya la posada, y nos hallamos en la cima mas elevada del Faulhorn.

Volviéndonos hácia el Norte, teníamos en frente de nosotros toda la cadena de neveras que veíamos desde Berna, y que corriendo de Oriente á Occidente, á cuatro ó cinco leguas de nosotros, parecían cerrar el horizonte únicamente á algunos pasos de distancia. Parecían todos aquellos colosos de cabelleras y espaldas blancas, la personificacion de los siglos agarrándose por las manos y rodeando al mundo: algunos mas gigantes que los demás, tales como el Walter-Horn, el Finster-Aahorn, la Yungfrau y la Blumlisalp, sobrepujaban en la cabeza á toda aquella familia patriarcal de ancianos, y de tiempo en tiempo nos daban el ruidoso espectáculo de un alud desprendiéndose de su frente, desplegándose sobre sus espaldas cual una cascada, y deslizándose entre las rocas que formaban sus armaduras cual una inmensa serpiente cuyas plateadas escamas brillan á los rayos del sol. Cada uno de aquellos picos lleva un nombre significativo que debe ya á su forma, ya á algunas tradiciones conocidas de las gentes del país, tales como el Schveck-Horn, *pico truncado*, ó la Blumlisalp, *montaña de las flores*.

Volvímos hácia el Mediodía, el paisaje cambiaba completamente de aspecto. A tres pasos del lugar en donde nos hallábamos, la montaña hendida por al-

gun cataclismo y cortada perpendicularmente, dejaba ver, extendiéndose á seis mil quinientos piés debajo de nosotros, todo el valle de Interlaken, con sus pueblecillos y sus dos lagos que parecian inmensos espejos, colocados en su marco verde para que Dios desde el cielo pudiese mirarse en ellos. Mas alto y en lontananza se destacaban en masas sombrías, sobre un horizonte azulado, el Pilato y el Righi, colocados á los dos lados de Lucerna, cual los gigantes de las *Mil y una noches* encargados de guardar alguna ciudad maravillosa, mientras que á sus piés se retorcia el lago de los Cuatro cantones; y detrás de ellos, tan lejos como la vista podia extenderse, resplandecia el lago azul de Zug, confundido con el cielo al que parecia tocar.

Tocóme Willer en la espalda, volvi la cabeza, y siguiendo con los ojos la direccion de su dedo, vi que iba á asistir á uno de los espectáculos mas imponentes de la naturaleza despues de una tempestad en la montaña. Las nubes que traia consigo la tempestad se desprendian unas de la cumbre del Walter-Horn, y otras de los lados de la Yungfrau, y avanzaban silenciosos, negros y amenazadores, cual dos ejércitos enemigos que marchan uno contra otro y no quieren empeñar el fuego sino á una distancia mortal. Aunque vogaban con extrema rapidéz, no se sentía el menor soplo de aire; hubiérase dicho que iban impulsadas las unas contra las otras por un doble poder atractivo; un silencio profundo, que no turbaba el grito de ningun ser, se habia extendido sobre la naturaleza, y toda la creacion entera parecia aguardar muda é inmóbil la crisis que le amenazaba.

Un relámpago, seguido de una detonacion espan-

tosa, reproducida y prolongada por los ecos de las neveras, anunció que las nubes acababan de chocar, y que el combate habia comenzado. Aquella conmocion eléctrica pareció devolver la vida á la creacion, que se despertó sobresaltadamente con todos los síntomas del terror. Un aire caliente y pesado pasó sobre nosotros, agitando á falta de árboles una gran cruz de madera mal fijada en la tierra; los perros de nuestros guias aullaron, y tres gamos, levantándose de no sé dónde, se presentaron de repente, brincando sobre la cuesta de la montaña que se elevaba al lado de la nuestra. Una bala que les envié y fué á parar á la nieve á algunos piés cerca de ellos, no les llamó en lo mas mínimo la atencion, el ruido del tiro ni les hizo siquiera volver la cabeza, tan entregados estaban al terror que les inspiraba el huracan.

Durante este tiempo las nubes se cruzaban, pasando una por encima de la otra, y lanzándose mutuamente relámpago por relámpago. Veíanse acudir de todos los puntos del horizonte, como regimientos presurosos por tomar parte en una batalla, nubes de formas y colores diferentes, que precipitándose en la refriega, acrecentaban la masa de los vapores que se reunian á ellos. Pronto todo el Mediodía se hallaba encendido; la parte del cielo donde estaba el sol, tomó un color de púrpura encendido; el paisaje se iluminó de una manera fantástica; el lago de Thun parecia arrastrar olas de llamas; el de Brientz se tiñó de verde, como una decoracion de la ópera iluminada por luces de color, y los de los Cuatro cantones y Zug perdieron su tinte azulado para tomar un blanco mate.

Bien pronto el viento redobló su violencia, los

grupos de nubes se desgarraron, y azotados por él se separaron del centro comun, se diseminaron en todas direcciones, y como á una señal dada, se precipitaron sobre la tierra, desaparecieron diversas porciones de paisaje, como si sobre ellas se hubiese corrido un telon. Sentimos algunas gotas de lluvia, despues casi en el mismo tiempo fuimos envueltos en vapor; encendióse junto á nosotros el relámpago, y reflejó uno de sus rayos en el cañon de mi carabina, que solté cual si fuera un hierro ardiendo. Nos encontrábamos en medio de la tormenta. Dejóse oír un *sálvese el que pueda* general, y nos refugiamos en la posada. Por espacio de diez minutos azotó la lluvia nuestras vidrieras, el huracan hizo temblar la casa cual si quisiera arrancarla de cuajo, y el rayo pareció literalmente tocar á nuestra puerta. Al fin paró la lluvia, aclaró el tiempo y nos aventuramos á salir. El cielo estaba sereno, el sol radiante; la tempestad que antes habíamos tenido sobre nosotros se hallaba entonces á nuestros piés, y el ruido del trueno subia en vez de bajar. A cien piés debajo de nosotros la tormenta, como un vasto mar, rodaba sus olas en cuya profundidad se encendía el relámpago, y luego de aquel Océano que cegaba los precipicios y los valles salian como grandes islas, las nevadas cabezas del Eiger, del Montek, de la Blumlisalp y de la Yungfrau. De repente se presentó un ser animado, bajando en medio de aquellas olas de vapor y elevándose á su superficie; era una grande águila de los Alpes que buscaba el sol, y que descubriéndole por fin, subió majestuosamente hácia él, pasando á cuarenta pasos de mí, sin que pensase siquiera en enviarla una bala, tan atónito estaba en la contemplacion del magnífico

espectáculo que me rodeaba. Tronó la tempestad durante el resto del dia en el valle : sobrevino la noche.

Muerto de cansancio, y molesto aun por mis dolores, contaba con el sueño para restablecer mi equilibrio sanitario, que sentia violentamente desarreglado; pero contaba sin la huéspedá, ó por mejor decir, sin mis huéspedes.

Apenas me hube acostado, cuando empezó sobre mi cabeza una barahunda infernal. Parecia que el flúido eléctrico derramado en el aire habia impresionado vigorosamente el sistema nervioso de nuestros guias é impulsádoslos á la alegría. Los malditos se hallaban en número de doce reunidos en la especie de granero que formaba el primer piso de la casa, cuya planta baja habitaban los viajeros; y como el piso bajo y alto no estaban separados sino por unas tablas de pino de una pulgada de grueso á lo mas, no perdíamos una sílaba de una conversacion que tal vez me hubiera parecido tan interesante como alegre, á no ser en idioma aleman. El ruido de los vasos que chocaban sin interrupcion, la intróduccion de dos ó tres nuevos convidados de diferente sexo, la completa ausencia de luces, desterradas por temor á un fuego, me infundieron tan vivos recelos sobre la duracion y ruidosa progresion de aquella bacanal, que cogí el baston ferrado que tenia al lado de la cama, y pegué á mi vez unos cuantos porrazos en el techo, en señal de invitacion al silencio. Efectivamente, paró el estruendo, los alborotadores hablaron en voz baja, pero al parecer era para concertar mutuamente la resistencia, pues á pocos instantes una grande carcajada me dió á conocer el ningun caso que hacian de mi

reclamacion. Agarré otra vez el baston y la renové acompañándola del mas abominable juramento alemán que pude hallar en el repertorio tudesco. Esta vez no tardó la respuesta, pues uno de ellos cogió una silla, dió con ella en el suelo los mismos golpes que yo habia dado, y para no diferenciarse en nada, me devolvió en francés el mas hermoso voto que he oido en toda mi vida. ¡Era un pronunciamiento completo!

Quedéme un instante alurdido de la respuesta, y despues me puse á pensar por qué medio podría obligar á los rebeldes á rendirse. Mi silencio les hizo creer en mi derrota, y los gritos y la barahunda volvieron á comenzar de nuevo en las regiones superiores.

Sin embargo, acababa de acordarme de que el cañon de mi estufa tenia su orificio en un rincon del mismo granero en donde se solazaban mis enemigos. Lo caro de la leña habia hecho presumir al dueño que aquella estufa seria habitualmente un mueble de lujo, no habiéndole, en consecuencia, inspirado esta conviccion recelo alguno sobre los resultados, supuesto que si no hay fuego sin humo, es incontestable tambien que mucho menos hay humo sin fuego.

Este recuerdo fué un rayo de luz, otro menos modesto la llamaria inspiracion del genio. Salté de la cama dando palmadas como un jefe árabe que llama á su caballo, y corriendo á la cocina, reuni cuanto heno pude hallar en ella, lo trasladé á mi fortaleza, cuyas puertas y ventanas atranqué por dentro, y comencé al punto mis preparativos de venganza. Consistian, como sin duda habrá ya adivinado el lector, en humedecer ligeramente la ma-

teria combustible á fin de que diese el humo mas denso posible; despues de adoptada anteriormente esta precaucion, atestar bien de ella la estufa, y por último dispuesta de este modo la artillería, poner fuego á los combustibles. Así lo ejecuté, y volvíme muy tranquilo á esperar en mi cama el resultado de una operacion tan hábilmente dispuesta, y de cuyo triunfo me daba garantías seguras la oscuridad que envolvía á mis enemigos.

En efecto, pasaron algunos minutos sin que hubiese cambio alguno en el proceder de mis guías, pero de pronto uno de ellos tosió, otro estornudó, y un tercero, despues de un instante consagrado á la aspiracion nasal, afirmó que aquello olía á humo; al oír esto se levantaron todos de la mesa.

Aquel era el momento de redoblar mi fuego, y de aprovechar el desórden que se habia introducido en el ejército enemigo, para evitar volviere á rehacerse otra vez; precipítame, pues, á la estufa, atestéla con carga doble, y luego cerrando la portezuela, esperé con los brazos cruzados, como un artillero al pié del cañon, el resultado de aquella segunda maniobra.

Fué tambien tan completa cual yo podia desear, ya no eran ni toses ni estornudos, sino gritos de rabia, aullidos de desesperacion; les habia dado un humazo como á las zorras.

Cinco minutos despues tocaba á mi ventana un parlamentario; llegábame la vez de imponer mis condiciones, y usé de la victoria como verdadero héroe: como Alejandro, perdoné á la familia de Darío, y fué jurada la paz entre ella y yo, con la condicion de que ella no haria mas ruido, ni yo mas fuego.

Las cláusulas del tratado fueron religiosamente cumplidas por ambas partes, y comenzaba, no á dormirme, sino á esperar que me dormiria, cuando los perros de los guias dieron un aullido prolongado que acabó por reasumirse en continuos ladridos.

Creí que los cuadrúpedos estaban de acuerdo con sus amos para hacerme condenar: así es que busqué en mi arsenal una arma intermedia entre vara y baston, y salí de mi cuarto con intencion de ir á la perrera y de sacudir vigorosamente el polvo á sus habitantes, cualquiera que fuese la raza á que perteneciesen.

Apenas puse el pié fuera, cuando Willer, á quien no veia, tan abominablemente oscura era la noche, sobre todo para mí que salia de un cuarto con luz, me agarró de un brazo haciéndome señas de que guardase silencio: obedecí escuchando con mis dos oidos sin saber lo que iba á oír. Un grito modulado de cierta manera subió de lo profundo del valle; pero tan lejano y tan debilitado por la distancia, que vino á espirar en el mismo sitio en donde nosotros nos hallábamos, y que veinte pasos mas distantes tal vez hubiera sido imposible percibir.

— ¡ Es un grito de agonía! dijeron á una voz los guias reunidos para escuchar. Hay viajeros perdidos en la montaña, encendamos las hachas, soltemos los perros, y al camino.

Pocas arengas produjeron jamás un efecto tan pronto sobre los oyentes como la que acabo de referir. Cada cual corrió á su puesto, los unos á la cocina para tomar ron, los otros al granero para buscar las hachas, otros, en fin, á la perrera para soltar á los animales; despues, reuniéndose todos, dieron

á una sola voz un gran grito, que tenia por objeto anunciar á los viajeros que habian sido oidos y que iban á socorrerlos.

Habia yo cogido mi hachon como los demás, no porque tuviese la presuncion de creer que de noche podria servir de mucho auxilio en caminos en que de dia me veia obligado algunas veces á andar á gatas; sino porque queria ver aquella escena nueva para mí en todos sus detalles. Desgraciadamente, apenas habiamos andado quinientos pasos, cada cual echó por su lado, permitiendo á mis valientes compañeros el conocimiento del terreno internarse por caminos casi impracticables. Yo ví, pues, que si iba mas adelante á buscar á los otros, los otros tendrian luego que venir á buscarme á mí, lo que haria perder tiempo inútilmente. Tomé entonces el partido menos filantrópico, pero mas prudente, el de sentarme en una roca, desde donde sumergiendo mis miradas en el valle podia seguir las diferentes direcciones que tomasen aquellas luces oscilantes cual fuegos fatuos sobre un estanque.

Durante media hora parecieron perderse; tan diversas y locas direcciones tomaron, desapareciendo entre los barrancos, volviendo á presentarse sobre las cimas, siendo acompañadas todas estas evoluciones, además de los gritos de los hombres, de ladridos de los perros y pistoletazos, que daban á aquel espectáculo una apariencia extraña y desordenada. Al fin se dirigieron hácia un centro comun, se reunieron en un espacio circunscrito de que ya no se apartaren, y luego, poniéndose en camino con cierto órden, se dirigieron hácia mi roca, acompa-



ñando entre dos filas á los viajeros encontrados, con el mismo órden que lo hace una patrulla que lleva vagabundos al cuerpo de guardia.

A medida que se aproximaba la comitiva, distinguía á la opaca luz que las antorchas reflejaban sobre él, un tropel confuso de hombres, mujeres y niños, mulos, caballos y perros, relinchando, ladrando y hablando en lenguas distintas. Era aquello el arca de Noé suelta en la torre de Babel.

Me incorporé á la caravana cuando pasó delante de mí, y llegamos á la posada. Al examinar aquella miscelánea, se hallaron diez americanos, un alemán y un inglés, todos en el peor estado posible, habiendo sido hallados los americanos en el lago, el alemán sobre la nieve y el inglés agarrado á una rama de un árbol, suspendido sobre un precipicio de tres mil piés.

El resto de la noche se pasó en la mas perfecta tranquilidad.

## ROSENLAWI.

A la mañana siguiente á las ocho estábamos todo el mundo en batalla, caballería é infantería, en la llanura de Faulhorn; la caballería se componía de una señora francesa, del americano, de su mujer y sus siete hijos, yendo á pié el mayor de todos, el inglés, los seis guías y yo. En cuanto al alemán, se encontraba enteramente baldado, aunque habia pasado la noche sobre las baldosas de la cocina que se habian hecho calentar como un horno. No podia hacer ningun movimiento sin acampañarlo de terribles gritos; lo dejamos en Faulhorn, en donde si la Providencia no ha tenido por conveniente hacer un especial milagro, debe hallarse aun, atendido lo poco favorable de aquella temperatura para la curacion de las pleuresías.

Dispuestos los preparativos indispensables, como el proveer las botas de vino y disponer cómodamente las caballerías, emprendimos la marcha con la alegría que sigue por reaccion á los lances apu-